

## SINTESIS BIOGRÁFICA DE CÁCERES \*

He aquí una sencilla exposición, casi guía para visitantes, conteniendo las admirables bellezas de la ciudad donde nació, sus orígenes, actuaciones en la historia patria y la gloria de sus principales hijos. Se ha dicho que es la ciudad monumental más completa y mejor del mundo. Especialmente en España, ni Avila ni Toledo alcanzan a igualarla, con ser muchos los méritos de estas dos.

Ello se debe a una separación clara y definida entre la parte antigua y la moderna, gracias a la buena conservación de sus murallas, a la solidez de sus palacios, al orgullo que todos sentimos ante nuestras tradiciones, haciendo culto y religión de las moradas de nuestros abuelos; es debido al espíritu hidalgo de sus naturales, mantenido en línea recta a través de las más difíciles vicisitudes, y al criterio prudente, discreto y patriótico de sus clases dirigentes, que impidieron la desolación y la ruina que cortegan a guerras y revoluciones.

La perfecta conservación de esta ciudad monumental es—no lo dudamos—un premio de la Providencia a su cristiana piedad, reflejada en las iglesias, ermitas, cofradías y actos sacros con que ellos adoran la fe católica; un premio a su fidelidad a los reyes, a la nación de que forman parte, en cuya defensa salió para todas las batallas que se libraron en el hispánico solar; al heroico quehacer de sus hijos, coronados de laureles y mirtos en las luchas por la reconquista, la independencia y la liberación de España; un premio por haber sabido proyectarse más allá del mar tenebroso,

---

\* De la conferencia pronunciada en el Instituto Laboral de Villanueva de la Serena el día 5 de abril de 1957.

para alumbrar con la civilización cristiana a los pueblos que nacen desde la Florida y California hasta la Tierra del Fuego, y es un premio a la abnegada laboriosidad que ellos pusieron en crear fuentes de riquezas, desplegar descubrimientos científicos y enseñar a todos los ciudadanos el camino de las leyes.

Por eso merece del Altísimo mantenerse intacta, como en el Siglo de Oro de España. Bajo un cielo azul, de pureza immaculada, se alzan esbeltas sus torres mientras los rayos dorados de Jhebo ponen en ventanas, portadas y matacanes, luces de eternidad. Entrando en su recinto, contemplaréis cómo era la vida en aquellos tiempos memorables. Tal vez sintáis, a vuestros pasos, el cerrar súbito de un ajímez, donde, curiosa, atisbase vuestro andar alguna doncella, alguna linda criatura palpitante como los cervatillos gemelos del Cantar de los Cantares. Tal vez os crucéis con un hidalgo de faz serena y hablar reposado y cortesano, que atienda vuestras preguntas con la mayor de las simpatías, aun cuando su vestimenta parezca raída y descuidada, que, quien con generosidad sin límites asombró al mundo y fué envidia de naciones, no tuvo tiempo de atesorar las fortunas ganadas en buena lid. O, tal vez, veáis a un clérigo de andar presuroso y radiante mirada, de los que todavía restan de aquella democracia frailuna de que habla Menéndez Pelayo, de cuando éramos un pueblo de teólogos, «luz de Trento, martillo de herejes».

«Pero... todavía no hemos llegado a la ciudad. Por cualquier camino que elijamos para visitarla, sea carretera o de railes, lo primero que sorprende a nuestros ojos es una casita blanca, en la cúspide de la montaña. Allí está la Virgen, patrona del pueblo, «como nido de palomas en pimpollo de ciprés»; según la cantó Gabriel y Galán. Luego de haber subido a rezarla, decía el genial poeta lleno de dulcísimos y celestiales consuelos:

«¡Madre mía! si esas mieles has tenido en tus veneros,  
para el labio de un andante caballero de la fe,  
¿qué tendrás en tu tesoro para aquellos caballeros  
del hidalgo pueblo noble que es alfombra de tu pie?»

Allí suben los cacereños el segundo domingo después del de Resurrección, a hacer fiesta religiosa, comerse un buen frite de cordero y a cantar y bailar hasta bien pasada la tarde. Fiesta en la

cual son ornato inestimable las trigueñas bellezas que, conjugando las diversiones con el pudor, le hicieron terminar así la poesía:

«¡Será un cielo aquella Sierra  
cuando, levantando el vuelo,  
visiten a la del cielo  
las vírgenes de la tierra...!»

A la sombra y protección de esta sierra, llamada de la Mosca, incluída en el sistema oretano, del que es última estribación, cara a la meseta castellana, entre los ríos que en sus aguas llevan el el ardoroso espíritu hispano al gran Océano, el Tajo y el Guadiana, allí nació Cáceres por el año 28 antes de Cristo.

Era en los tiempos de la Roma gloriosa, cuando su cetro dominaba los tres continentes conocidos, y su lengua se extendía desde las tierras wikingas hasta el Atlas y desde Babilonia a Finisterre; luego difundida por los hijos de Iberia hasta Filipinas, en la dirección del sol, y por el Oriente hasta los dominios del Gran Khan, los santos lugares de Jerusalén y los balcanes sefarditas, abrazando así al mundo la latina fabla de Castilla.

Nació Cáceres de aquella Roma imperial. Roma excelsa, porque en sus mejores días, y dentro de sus fronteras, se hizo hombre el hijo de Dios para nuestra salvación; ilustre, porque un César y un Cicerón nos enseñaron la política universal y humana; sabia, porque nos transmitieron las ciencias de la naturaleza y las de la filosofía, recibidas de Grecia, y prudente, porque nos dió las normas de relacionarnos unos hombres con otros para una perfecta vida de comunidad, nos dió el Derecho y con él un equitativo sentido de aplicarlo.

Y siendo Roma la primera definidora del Derecho y el primer Estado que distinguió entre el civil y el de gentes, tuvo en esto Cáceres papel importante. Habían nacido en Cádiz dos insignes patricios, ambos llamados Lucio Cornelio Balbo, uno tío y el otro sobrino, aquél el Mayor y éste el Menor. El Mayor prestó a la república grandes servicios guerreros y diplomáticos y fué amigo de Cicerón. El Menor consiguió imponderables victorias en batallas africanas y en las de pacificación de la Península ibérica a raíz de las luchas sertorianas. Los dos fueron, a la vez, los primeros extranjeros que recibieron del Senado la investidura del «jus

civili», la ciudadanía romana. Entre los méritos de Balbo el Menor figura como de los principales la fundación de la Colonia Norba Cesarina, anterior en el tiempo a Mérida.

La bautizó con el de Norba para perpetuar en ella el recuerdo que de la propia patria tenían sus legionarios, la Norba del Lacio meridional en el país de los Volscos. Y como Cesarina en honor al primero de los emperadores, de Julio Cayo César, a quien él y su tío tuvieron siempre gran afecto, al que sirvieron en muchas misiones y de quien obtuvieron pingües mercedes.

La rodeó de murallas, la hizo mansión de la Vía Lata, en el Itinerario de Mérida a Salamanca, aunque no aparezca citada por Antonino, que la refirió a su tributaria Castra Cecilia, campamento establecido media milla al norte, y también próximo al otro tributario denominado Castra Servilia, del cual aparecieron reliquias en la dehesa titulada Cáceres el Viejo, denominación que no significa que allí estuviese la antigua población, como contrariamente se ha opinado, sino el nombre del propietario de la finca en el siglo XVI, de Gonzalo de Cáceres el Viejo, para distinguirlo del apodado el Mozo.

Restos de las murallas, como la puerta del arco del Cristo, algunas aras votivas y varias lápidas funerarias, son los recuerdos que nos dejó Roma, a más de la estatua de Ceres y la dedicatoria de la colonia a Balbo, su patrono, inscrita en una piedra que se conserva en el Ayuntamiento.

En la plaza Mayor, sobre un templete anacrónico, copete de la torre del Bujaco, está Ceres. Esculpida en mármol, lleva en su brazo izquierdo el cuerno de la Abundancia, y nótase su procedencia de la escuela emeritense.

El descubrimiento de la lápida en 1930 concluyó con las diversas hipótesis sobre su fundación y nombre primitivo. Pero aún existen escritores atrasados de noticias que la siguen llamando Castra Cecilia, como algún otro deriva su actual denominación del vasco «gatzerre», que significa salitre.

Si entonces se titulaba Norba, los visigodos prefirieron llamarla Cesarina. Así aparece en las monedas que mandó acuñar el rey Leovigildo cuando la arrasó por haberse puesto al lado de su hijo Hermenegildo, durante la primera guerra civil que el mundo conoció en defensa de la fe cristiana, aunque existan historiadores

eclesiásticos que no olvidan dar el calificativo de rebelde al santo príncipe. Dura debió ser la resistencia de los cesarinos, pues Leovigildo hubo de volver segunda vez sobre ella y dejarla tal si hubiese pasado el caballo de Atila.

Tan asolada quedó, que no pudo levantar cabeza hasta bien entrada la dominación árabe. Ellos la llamaron, por sus palacios, Al-Kazares y, luego, Cazires, y de aquí el nombre actual. Fué perla deseada por los monarcas hispanos, para engazarla en su corona; pero hasta la cuarta reconquista no ondeó definitivamente la cruz en sus almenas. De aquella época tenemos restos en las murallas, como es fácil observar en los lienzos no arrebatados por la piqueta urbana, con sus torres cuadradas y macizas, de tapial, y, en especial, las que miran al sur, la llamada Redonda, en el Postigo, y la Desmochada, que da nombre a la calle Torremochada, y también la Cilíndrica de la Casa Quemada, verdaderamente señorial.

La más típica es la torre del Bujaco, denominación corrompida de Abú-Jacob, uno de sus reyes almohades. Caballeros leoneses se apoderaron de la plaza y, juramentándose continuar avanzando hacia las tierras usurpadas por el musulín, fundaron aquí la Orden de Frates de Cáceres o de la Espata el año 1170, tomando como enseña una cruz en forma de espada, roja por la sangre generosamente ofrecida. Aquella Orden fué, año más tarde, cambiando de nombre, la Caballería Militar de Santiago. Y de Santiago se apellida una de nuestras mejores iglesias parroquiales, precisamente la elevada sobre la primitiva en que ellos constituyeron su invencible Instituto.

Vuelto Abú-Jacob, los caballeros se hicieron fuertes en esta torre; pero él acompañó su ataque con gran contingente de soldados y de máquinas de guerra, logrando hacerse dueño de ella. En la defensa murieron los cuarenta valientes que la guarnecían. Era el 10 de marzo de 1171, y así figura en el Martirologio de la Orden de Santiago.

Como recuerdo monumental, lo más valioso de los árabes es el algibe. Tenían los reyes moros su fortaleza, su alcázar, en la parte más alta de la villa, extendiéndose por todo lo que hoy es la plazuela de San Mateo. En su lado norte estaba la mezquita, en la cual se dijo la primera misa el día de la última liberación, y

después se levantó sobre su solar la iglesia, puesta bajo la advocación del santo que da título al barrio. En su lado sur aparecía el palacio, con el algibe en el piso inferior. Es de gusto bizantino, y tan afamado que, en decir de los eruditos, es entre los españoles el de más méritos estéticos, con sus doce columnas y los arcos en forma de herradura.

Cuenta la tradición que la princesa mora se había enamorado de un capitán cristiano, con quien se veía en las frescas riberas del arroyo llamado «La Madre», que corre por las faldas del alcázar, y a donde ella salía a través de un pasadizo. Por este mismo camino entraron el capitán y dos de sus soldados, intimidaron a los de dentro y, mientras éstos se reponían de la sorpresa, era abierta la puerta y por ella penetraron los demás caballeros, conquistándose así Cáceres. La princesa fué degollada por su padre, condenándola, además, a salir en pena las noches de San Juan. Excepto esto último, a todas luces grandemente imaginativo, aquello pudo ser verdad o leyenda; pero sí es cierta la existencia del subterráneo, que ha sido descubierto hace unos doce años, con su entrada desde el alcázar.

Tan memorables sucesos ocurrió en el reinado de Alfonso IX, quien, con su hijo Fernando, muchos hidalgos leoneses y algunos castellanos, se halló en la pelea; mas en la fecha no están de acuerdo los historiadores: hasta ahora vino fijándose el día 23 de abril de 1229. El año pasado se dijo que tuvo lugar el 24 de junio de 1227. La postrera palabra aún está por pronunciar. Habiéndose reservado para sí el Rey la población, hubo de dar varias compensaciones a los santiaguistas, que la reclamaban como suya; y a consecuencia de ello dirigieron sus conquistas hacia Montánchez, Mérida y Badajoz, quedando libre la vía para la posterior influencia de la de Alcántara.

Hechos dueños de la villa, comienzan a reconstruir sus murallas y casas fuertes. Unos plantan en ellas sus solares y otros continúan a liberar la Baja Extremadura del poder agareno. Estos conquistan Trujillo a principios de 1232 y, por Santa Cruz de la Sierra, avanzan hacia la Serena, tomando el castillo de Mojafar, sito en el cerro del Casco, orillas de Gadiana, cerca de Villanueva, y siguiendo luego asaltan Magacela, Zalamea y Benquerencia. Como hemos dicho en otra ocasión, desde entonces apa-

recen para siempre unidas Cáceres y la Serena, lo cual confirman innumerables hechos posteriores,

Declarándola Alfonso IX villa de realengo, la otorga para su gobierno un liberal y amplio fuero concejil, magnífico monumento del Derecho público español de la Edad Media. Después, siguiendo a los primeros conquistadores, bajaron a repoblarla gentes de León y de Castilla. Construyeron sus casas y entraron en posesión de las extensas tierras de pastos y encinares, distribuidas entre ellos por los jefes de cuadrillas en proporción a sus correspondientes valimientos.

Aunque era villa real y la gobernaban doce hombres buenos, libremente elegidos el 1 de enero de cada año, no pudo sustraerse a las banderías políticas que durante los siglos XIII al XV se disputaban el poder, lo mismo en la corte que en los poblados, que en el campo, ya entre las disensiones de Alfonso el Sabio y su hijo Sancho, ya las de Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara o las de Enrique IV y el infante D. Alfonso, los del tinglado de Avila. Por otra parte, vinculada familiarmente a la Orden de Alcántara, que había sustituido a las de Santiago y del Temple, sintió en su propia carne, en sus fortalezas y en sus hombres, las consecuencias del cisma entre el maestre D. Gome de Solís, natural de Cáceres, y el clavero D. Alfonso de Monroy.

Ovandos, Solís, Blázquez, Mogollones, Mayoralgos, Ulloas, Golfines, Carvajales, Espaderos, son los nobles linajes que le dieron lustre y fama. Si ellos fueron arrastrados por el espíritu belicoso y turbulento, desunido y férreo del medioevo, tan pronto vieron brillar en el cielo de España los soles de monarcas compenetrados con el pueblo, tan pronto vieron regidos por los Reyes Católicos, abandonaron las antiguas discrepancias y todos juntos iniciaron una era de bienestar y prosperidad; igual en la paz haciendo incrementar sus ganados y labores, estudiando latines, medicina y leyes, ejerciendo granjerías y comercios, que en la guerra acudiendo sus mesnadas a defender los derechos reales frente a la Beltraneja y los de la Cristiandad en Granada, como después en Italia, Lepanto, Flandes, Orán, Portugal y el Nuevo Mundo.

El día 30 de junio de 1477 llegó aquí D.<sup>a</sup> Isabel. Antes de entrar, al pie de la puerta Nueva, juró defender y respetar los fueros cacereños. Seguidamente le rindieron sus pobladores pleito

homenaje. Tal puerta se modificó en el primer tercio del siglo xviii con un arco en este viaje, obra de Manuel Churriguera, y desde entonces llamado de la Estrella por la Virgen de su homacina. Otras cuatro daban acceso: la de Coria (ahora arco del Socorro), la del Cristo, la de Mérida y la de Santa Ana.

Igual que ella vió la población, así se conserva hoy. Para terminar con las facciones y partidismos, tan perjudiciales siempre para la felicidad de la república, hizo demoler las torres señoriales. Sólo permitió subsistiese la llamada de las Cigüeñas, del capitán Diego de Cáculos Ovando, su esforzado paladín en la guerra contra el portugués y jefe de todas las fortalezas de la Serena, que casó en Cabeza del Buey con D.<sup>a</sup> Teresa Rol de la Cerda.

Sitas, como la dicha, en la plazuela de San Mateo, están la casa de las Veletas, construída encima del alcázar árabe y actual museo, la casa de Sancho Sánchez Ulloa, de impresionante sencillez y bizarría, y la torre de los Platas. Veamos en esta última el matacán esquinado, que servía para desde él arrojar aceite hirviendo, piedras y dardos a los enemigos asaltantes. De no haberlo, éstos se colocarían bajo la muralla o torreón, ocupando un ángulo muerto en el cual eran invulnerables a las saetas disparadas desde las almenas, ya que los que las lanzasen habrían de sacar más de medio cuerpo y ofrecerían certero blanco de muerte.

Cerca se halla la casa del Sol, de preciosa fachada, con su tambor defensivo y el escudo de los Solís sobre las puertas y ventanas. Perteneció a los de tal apellido y, por herencia materna, pasó a los Ovando. Un Ovando fué gobernador de la Serena en el siglo xvii. Otro, marino insigne, comandante general de los mares del sur y gobernador de Filipinas. El último, el tercer marqués D. Vicente, acompañó en las guerras y en el destierro a Carlos V y Carlos VI, de la dinastía carlista, y emigrado a Italia murió en Turín, dejando sus bienes a la Congregación religiosa de Padre de la Preciosa Sangre, que hoy ocupa la casa.

A leales servidores de D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fernando perteneció el palacio de los Gólfines de Arriba, donde residió el Generalísimo Franco durante los primeros meses de nuestra guerra y una lápida conmemora su designación para la Jefatura del Estado.

Inmediata se encuentra la casa Mudéjar, bello ejemplar de

ladrillo árabe, estilo toledano, con su ventana gemela y el parteluz de mármol.

Dando la vuelta a la manzana nos encontramos con la fachada de la hoy casa del conde de Adanero, notable por el almohadillado florentino de su portada.

Luego de contemplar la casa de los Espaderos, destacando el berroqueño blasón sostenido por dos leones, las gárgolas del tejado y, en su interior, un mono tallado en granito al comienzo de la baranda de la escalera, llegamos a la de los Becerras—de un comendador de la Orden de Santiago—, timbrada de hermosos escudos y de inmovible solidez.

Medio castrense, medio cortesana es la casa de los Golfines de Abajo, la más antigua de la stirpe. Dícese que los Golfines eran unos nobles aventureros dedicados a la rapiña en los campos de Toledo y Extremadura, los que correteaban desde su castillo de la Jara. Uno de ellos se enamoró perdidamente de cierta dama cacereña, y de tal manera, que sentó cabeza y aquí, casándose con ella, fué tronco de principal familia, y, andando el tiempo, muy favorecido de soberanos e infantes. Verdad evidente es la de su maravilloso palacio. La torre de esquina, con su matacán, tiene remembranzas de guerras, de bizarrias sin par. La fachada principal es del más depurado gusto plateresco, como revelan la crestería, los escudos de los Reyes Católicos y de los Golfines, sus guinaldas de piedra berroqueña, la saliente torre y la portada sencilla. En el patio interior hay una colección estupenda de símbolos heráldicos, y, en el enterramiento de los dueños, la leyenda fascinante y atrevida: «Aquí esperan los Golfines el día del Juicio».

En la misma plazuela está la iglesia de Santa María, gótica, con bóvedas de crucería, apoyadas en pilares cruciformes. El retablo plateresco del altar mayor es obra del imaginero flamenco Balduc, quien también trabajó en el de la Catedral sevillana.

Frente a ella, tres suntuosos palacios. El de los condes de la Torre de Mayoralgo, uno de los cuales fué gobernador de la Serena en el siglo xviii. La casa de Ovando, de un hermano de frey Nicolás, aquel primer gobernador de Indias, designado por los Reyes Católicos en 1502, quien llevó a las Américas a muchos extremeños, luego cubiertos de glorias, y patrocinó las famosas empresas de aquellos cuyos nombres hicieron enmudecer al

mundo y a nosotros nos colman de entusiasmo y orgullo, de Hernán Cortés, Pizarro, Orellana, Vasco Núñez de Balboa, Ponce de León, Alonso de Ojeda, Francisco de Garay y Juan de Grijalva. Coetáneo y pariente fué D. Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias y recopilador de las leyes en el primer Código indiano, por él llamado Ovandino. Y el palacio episcopal, construído en el siglo XIII y reformado en el XVI por el erudito y virtuoso obispo Galarza.

Muy bonita es la casa de Toledo-Moctezuma, que perteneció a un noble cacereño, casado con la hija del emperador azteca. Característica suya es ser la única en que se utilizó ladrillo, como puede apreciarse en el piso superior y en la torre.

Siguiendo el lienzo de la muralla hacia el norte, nos aproximamos prontamente al pie de la torre de Espadero, célebre por su bien labrado y soberbio matacán y su ventana mudéjar. Allí estuvo la puerta de Coria, cuyos sillares se han trasladado unos metros para formar el arco del Socorro.

Con la casa Quemada de los Carvajales, la de la Generala, Enfermería de San Antonio, el Hospital de los Caballeros, la de Pereros, las de la calle Ancha, ermita de San Pablo, el antiguo convento de jesuitas (hoy Instituto de Segunda Enseñanza), la iglesia aneja de San Francisco Javier, la ermita de San Antonio de la Quebrada (vieja sinagoga de los judíos pobres) y las casas rectorales de Santa María, citados son los monumentos más valiosos de la ciudad amurallada. Sus clásicos rincones y sus calles de fuertes pendientes, tienen, con los adarves, un marcado sabor medieval, de sosiego y tranquilidad.

Saliendo de ella, se entra en la vida moderna y agitada, dinámica, emprendedora, aunque también aquí, en lo que se pudiera llamar barriada intermedia, ciudad puente, nos maravillarán estupendos edificios. Pasemos por la calle de Caleros, en la que nació y vivió Gil Cordero, el feliz pastor a quien a principios del siglo XIV se apareció la Virgen, luego llamada de Guadalupe. En su casa existe hoy una ermita, denominada del Vaquero, de escaso valor artístico. Llegándonos a la plazuela de Santiago, admiraremos su iglesia, construída sobre la primitiva románica en que se fundó la Orden Militar. El excelente retablo policromado es obra de Alonso

de Berruguete. La primorosa reja que cierra la capilla mayor presenta detalles de refinada labor plateresca.

Frontero a la iglesia se alza el palacio de Godoy-Roco, apellidos de sus anteriores dueños. Singular atención requiere el balcón de esquina, asunto en el que la técnica extremeña despliega sus grandes gustos estéticos y crea una forma arquitectónica genuina de nuestra región, como en los de Trujillo y Plasencia. Dijo el sabio alemán Carlos Winfried Leonhardt, quien los estudió en 1933, que componen una sinfonía plástica inigualable. Muestra este arte tímidos balbucesos en el de la casa Quemada, sin asomar a la fachada; se manifiesta más airoso, después, con la ventana de la casa de Galarza o de los Trucos, pegada a la torre, con su columnita parteluz de mármol blanco; y en el de Godoy-Roco pone líneas ligeras para hacer predominar la vertical de la esquina, que se acentúa al fundirse el casco nobiliario con la pared y luego sobresalir el penacho cimero. La figura más perfecta es la del palacio del marqués de la Conquista, en Trujillo, uniéndose fachada y balcón con estilo maravilloso.

No podemos olvidar el palacio de la Audiencia, antiguo hospital de la Piedad y en cuyo patio hubo corral de comedias; ni el de la Isla, de hermosa fachada, con la sinagoga de los judíos ricos a sus espaldas, y en la actualidad ocupada toda la mansión por la Biblioteca y Archivo Histórico provinciales y la Casa de la Cultura, foco valioso del progreso científico cacereño. La casa del duque de Abrantes presenta configuración de fortaleza, como se ve por su exterior aguerrido. Es interesante en ella la capilla del Cristo, donde tradicionalmente se adoraba un trozo del «lignum crucis» enviado al señor solariego por su hermano el célebre cardenal D. Bernardino de Carvajal, celeberrimo tristemente porque organizó contra el Papa Julio II el concilio de Pisa, a principios del siglo xvi. De este linaje era D. José Carvajal y Lancáster, ministro de Estado de Fernando VI y hábil diplomático a quien España debe muchos años de paz.

En las afueras de la población tenemos los Pilares—construidos en tiempo de Felipe II—, el convento de San Francisco y la ermita del Espíritu Santo. El convento fué levantado merced a un milagro. A fines del año 1471, o comenzado el siguiente, el fraile franciscano Pedro Ferrer, primo de San Vicente, había venido a Cáceres a

fundar casa de su Orden; pero, como el Fuero lo prohibía, no le hicieron caso. Mohino salía el fraile de la villa, cuando se topó con D. Diego García de Ulloa, que iba a sus propiedades. Humildemente suplicóle limosna para comprar una herradura a su mula. Ulloa contestó que no llevaba dineros. Tornó fray Pedro a pedir-sela y Ulloa a negarla. Cansado éste de la insistencia, y con bastante malhumor, picó espuelas al caballo. A poco se detuvo, asombrado, al sentir en la escarcela una moneda de oro que juraba no haber puesto antes. Interpretando tal hecho prodigioso como voluntad divina, regresó a la villa con el monje, reunió al Ayuntamiento y principales caballeros, y entre todos acordaron la erección de convento e iglesia.

Más allá existe la ermita del Espíritu Santo, de traza mudéjar y tres naves transversales. Fué antiguamente sinagoga.

Finaliza el siglo XVIII con el establecimiento de la Audiencia Territorial en 1791. La sociedad cacereña se siente elevada en prestigio y esplendor cultural. Entre la nobleza campera, muy pagada de su alcurnia, y el pueblo artesano y bracero, crece una clase de preponderante influencia política y económica, trabajadora e ilustrada, de hidalgos de gotera y villanos ricos. Magistrados, letrados, clérigos, médicos, aprovechados serranos y encumbrados comerciantes, marcan el rumbo de una nueva edad.

En el siglo XIX, Cáceres vive los calamitosos tiempos comunes a toda la nación. Contra los franceses vuelan sus hijos a salvar la patria. Con el liberalismo entra en las familias la tibieza política y religiosa. En los años 29 y 30 un joven catedrático, nacido en Valle de la Serena, de padre dombenitense y madre oriunda de Villanueva, D. Juan Donoso Cortés, inflama con cálido verbo a los oyentes de sus conferencias y a los escasos alumnos del Colegio de Humanidades; pero su mayor triunfo en Cáceres lo consiguió con el amor y la desgracia. Con el amor, al unirse en matrimonio a D.<sup>a</sup> Teresa García Carrasco, y con hondas penas al perder a la hija y a la esposa en corto espacio de tiempo. La hidalguía cacereña de sus amigos, y la tristeza de su truncada vida sentimental e íntima, señalaron en él la exquisita y santa espiritualidad que hasta su muerte ejemplar le acompañaría.

En aquellos mismos años, el cacereño D. Alvaro Gómez Becerra, corregidor de la villa, mantuvo dignamente con valentía y

arrojo el honor hispano ante los franceses. El fundó el primer periódico cacereño, que era manuscrito. Solicitado en Madrid por sus colegas constitucionalistas, llegó a presidente de Audiencia, presidente del Senado y a ministro de Gracia y Justicia. Hombre de positivo valer y de gran honradez política, juez íntegro y abogado de alto coturno, erró afiliándose a la facción más extremada del liberalismo.

Un poeta inspiradísimo fué llamado por Isabel II, D. Antonio Hurtado. Autor de talla clásica, escribió preciosos poemas, obras dramáticas sobre el Madrid pintoresco, famosas zarzuelas y novelas muy elogiadas.

Con la restauración de Alfonso XII se calmaron un tanto los afanes partidistas. Y como antaño, como siempre cuando la paz anida en los hogares, se edificaron barrios enteros, abriéronse nuevas vías de comunicación y, entre ellas, el ferrocarril Lisboa-Madrid. A este fausto motivo vinieron a Cáceres el monarca español y el portugués D. Luis I. Y se otorga a la población título de ciudad, a 9 de febrero de 1882. Comienza entonces a delimitarse la zona verdaderamente moderna, que se extiende desde la iglesia de San Juan hasta el inicio de la carretera de Medellín.

Ya en nuestra centuria, Cáceres va recibiendo auges de gran urbe. Nuevas industrias la dan vida floreciente, un aliento cultural se infunde en sus medios sociales, en su clase media predilecta, y forman cortejo a Minerva ilustres literatos y profesores. Nacen revistas y diarios, se publican libros. Un cacereño alcanza máximos puestos en la Administración de justicia. Fué D. Diego María Crehuet.

Llegamos a julio de 1936. El día 19, obediente a la voz del general Franco, el Regimiento de Argel número 27, mil veces glorioso, declaró el Alzamiento Nacional. Seguidamente se le unieron todos los cacereños y, formando en batallones, banderas y tercios, su sangre ardorosa y magnánima regó el suelo español de todos los frentes.

Hoy es Cáceres, al igual de siempre, la ciudad acogedora e hidalga que abre sus brazos a quienes vienen a fundar en ella sus solares, a buscar en ella sus moradas. Posiblemente es la localidad que más progresos urbanos ha realizado en los últimos años, con las magníficas avenidas de España y Virgen de la Montaña, los

soberbios edificios de las antiguas rondas del Carmen y del Hospital, los modestos de San Blas y el Carneril, los de Peña Aguda y Sancti Espiritu, la Ciudad Deportiva, los flamantes Seminario y Residencia del Seguro de Enfermedad, que asemejan collar de perlas y rubíes ciñendo las viejas casonas, los barrios rebosantes de históricos recuerdos, las calles pinas como caminos del cielo, con el divino coronamiento, allá en lo más alto, del Santuario de la Virgen Patrona.

#### BIBLIOGRAFÍA

Antonio Agúndez: *Viaje a la Serena en 1791. Historia de una comarca extremeña escrita tras los pasos del magistrado Cubeles*. Cáceres, 1955.

Vicente Barrantes: *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*. Tomo segundo. Madrid, 1875.

El mismo autor: *Narraciones extremeñas*. Madrid, 1876.

Simón Benito Boxojo: *Historia de Cáceres y su Patrona*. Cáceres, 1954.

Antonio Florián: *Cáceres ante la Historia. La cuestión crítica de la fundación del nombre de Cáceres*. Cáceres, 1931.

El mismo autor: *Guía histórico-artística de Cáceres*. Cáceres, 1929.

Publio Hurtado: *Ayuntamiento y familias cacerenses*. Cáceres, 1915.

Pedro Lumbreras: *La reconquista de Cáceres por Alfonso IX de León*. Cáceres, 1956.

Miguel Muñoz de San Pedro: *Cuadernos de Arte*. VI. *Cáceres. Estudio histórico-artístico*. Bilbao, 1954.

Miguel A. Ortí: *Guías artísticas de España. Cáceres y su provincia*. Barcelona, 1954.

ANTONIO AGÚNDEZ